



## “Escolarizando” a México\*

JOSÉ HERNÁNDEZ PRADO\*\*

Una queja recurrente entre los profesores de todos los programas de licenciatura que se imparten en las universidades públicas mexicanas, tanto en la capital como en el interior de la República, se refiere al bajo nivel académico que poseen los estudiantes que ingresan a tales programas de estudios. Muy poco importa aquí la disciplina en cuestión. Puede tratarse de una licenciatura en medicina o de una en derecho o administración pública; de una carrera universitaria básica en cualquiera de las ingenierías, o bien en algún área específica de las ciencias sociales, como la economía, la antropología social o la sociología. Por otra parte, la queja mencionada se ha intensificado progresivamente al paso de los años. Desconocemos, en lo personal, a algún profesionista que imparta una cátedra o materia de nivel licenciatura en cierta universidad pública del país que no diga que sus alumnos llegan cada vez con mayores deficiencias en cuanto a su preparación escolar, de manera tal que la asimilación del programa del curso plantea crecientes dificultades. Muchos estudiantes, desde luego, son capaces de remontarlas, si bien a costa de superar con un gran esfuerzo retrasos que vienen arrastrando a lo largo de su

educación media y que —el maestro lo sabe— proceden en buena medida y por lo general de los niveles correspondientes a la enseñanza elemental o primaria. El problema es sensiblemente menor en las universidades privadas y en los posgrados que se imparten en todas las universidades mexicanas, pero incluso allí esta queja sobre las deficiencias escolares básicas del estudiantado proveniente, en lo principal, de las llamadas escuelas “oficiales”, puede hacerse presente.

Esta breve reseña no intenta demostrar la realidad a que alude la queja señalada por medio de datos estadísticos y exhaustivos que la avalen. Quizás tan sólo se trata de un “mito” o de un prejuicio profesional, eso sí, muy ampliamente extendido. Empero, “si el río suena, es porque agua lleva”, dice el refrán popular, y probablemente ya existan o muy pronto lo harán investigaciones sociológicas que testifiquen que detrás de ese “mito” pudiera haber una realidad consistente en las enormes diferencias relativas a la instrucción general y las capacidades analíticas y discursivas con las que los estudiantes mexicanos ingresaban en otros tiempos a las universidades públicas del país, y aquellas otras con las que lo hacen actualmente. En definitiva,

algo que no es un mito es que el posible “mito” al que nos referimos ha cobrado plena forma debido a que las escuelas primarias públicas mexicanas atraviesan, sin lugar a dudas, por una complicada problemática que comienza a estar bien estudiada, entre otros textos especializados, por el que aquí nos ocupa, el libro del antropólogo social inglés Christopher James Martin, intitulado en su edición en castellano *La escuela primaria en tiempos de austeridad*.

La investigación de Martin se hizo al amparo económico e institucional de la Universidad de Guadalajara, la Secretaría de Educación Pública, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, la Fundación Wenner-Gren para la Investigación Antropológica de la ciudad de Nueva York, la holandesa Universidad de Wageningen y la Universidad de South Bank, en Londres. Asimismo, ella contó con el apoyo de investigadores mexicanos y británicos, quienes ayudaron al autor en el trabajo de campo y en el perfeccionamiento de las versiones finales del texto, el cual se propone, fundamentalmente, dar cuenta del nudo de deficiencias escolares de todo tipo que tienen lugar en nuestro país, tanto en el plano de la enseñanza elemental a los niños mexicanos, como en los problemas que afectan a las instituciones relacionadas con esa enseñanza, es decir, los centros educativos mismos y los hogares. Dicho nudo es conceptualizado con las palabras mismas del presunto mito al que hemos evocado y que se puede constatar en la queja generalizada entre los profesores universitarios: *fracaso escolar*, un fracaso que se ratifica, además, en cada “niño de la calle” y en la reducida escolaridad del pueblo mexicano. “El tema central de este libro —escribe Christopher J. Martin— es el fracaso escolar; tanto el fracaso escolar de los proveedores educativos respecto de

\* Reseña del libro *La educación primaria en tiempos de austeridad*, por Christopher James Martin. Coedición de la Universidad de Guadalajara (Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades) y The British Council, México, 1998. Traducción del inglés por Marco Antonio Silva. Publicado originalmente en el Reino Unido con el título de *Schooling in Mexico*, por Ashgate Publishing House, Hampshire, 1994.

\*\* Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

sus pupilos como el de los pupilos y sus padres para aprovechar lo mejor de los servicios educativos ofrecidos. Mi preocupación principal es con el fracaso escolar en el mundo menos desarrollado y especialmente en México, en donde las tasas de deserción y reprobación son muy altas y tienden a empeorar” (p. 22).

La mirada de Martin es global en muchos sentidos del término. El investigador examina el sistema educativo mexicano poniendo el énfasis en las reformas a que ha sido sometido en los últimos lustros y en sus procesos de descentralización y modernización. Este análisis se sitúa en el contexto socioeconómico mundial de los países desarrollados y menos desarrollados, por un lado, y por otro en el contexto intelectual de las teorías sociológicas y antropológico-sociales relativas a la educación, tanto de corte “conservador” como de sello “radical”. La literatura especializada consultada por Martin no se limita, entonces, al ámbito nacional y latinoamericano, sino que se beneficia con las aproximaciones teóricas y empíricas al tema educativo generadas en su Europa natal y en Norteamérica, así como también en otras regiones del antes llamado Tercer Mundo. Pero además, *La educación primaria en tiempos de austeridad* vincula con éxito los niveles “macro” y “micro” de su análisis, al establecer relaciones entre las grandes tendencias socioculturales e institucionales de los procesos educativos en México —por ejemplo, la pauperización del magisterio, la democratización sindical, las reestructuraciones en el interior de la Secretaría de Educación Pública, etcétera— con el variado “microcosmos” de la escuela primaria mexicana, la cual tampoco se examina en su estado “químicamente puro”, sino en el contexto de la economía y la cultura de las familias de donde proceden los pequeños alumnos, y aun de las difíciles condiciones laborales y sindicales en las que están inmersos los maestros de escuela.

El resultado es una fascinante investigación en la que se combinan

muy sabiamente el trabajo antropológico de campo y la discusión teórica en torno a los mejores enfoques interpretativos para caracterizar y explicar la problemática de la educación básica en el mundo y en nuestro país. El primero fue realizado en dos escuelas primarias del área de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, cuyas peculiaridades, más que alejar a estas escuelas del común denominador de su tipo, las acercan a él, a saber, instalaciones mayor o menormente inadecuadas y maltrechas; maestros pésimamente remunerados, con forzosas sobrecargas de trabajo poco productivo y a merced de las situaciones irracionales a que los someten las autoridades escolares y la “representación” sindical; alumnos con una deficiente atención académica y nulo apoyo cultural e inclusive emocional por parte de sus atribuladas familias; padres y tutores con severos problemas económicos que confían ilusamente en el apoyo incondicional de los profesores para la mejor educación de sus hijos; etcétera. De todo esto se desprende que el fracaso escolar, aún distante de su total conjuro en México y otros países de características similares, no únicamente tiene que ver con la escuela en sí misma o con el modelo socioeconómico imperante —el denominado “neoliberalismo” o los anteriores regímenes “nacionalistas” o, de plano “populistas”—, sino, básicamente, con la *relación hogar-escuela*, que muestra ser mucho más saludable en sociedades con un menor fracaso escolar, y que en naciones como la nuestra resulta determinante para agravar aquel fracaso.

Martin propone que en México la enorme mayoría de los niños y niñas están simplemente “metidos” en las escuelas públicas u oficiales, lo que no significa que reciban la atención escolar adecuada. Esta atención implicaría —justo como ocurre en los países donde el fracaso escolar es más limitado— no solamente brindar una instrucción básica condensada en las asignaturas habituales, como matemáticas, lengua nacional, ciencias

naturales, historia y ciencias sociales, etcétera, sino además ofrecer otras actividades físico-formativas y culturales en el interior de la propia escuela que contribuyan a la educación integral de todos los niños. Sin embargo, con maestros increíblemente mal retribuidos y obligados a laborar dos turnos o “tiempos completos”, esta posibilidad queda clausurada. Difícilmente puede decirse que los maestros son eficaces agentes socializadores o, más aún, inculcadores de cierta “ideología dominante” a través de un “currículum oculto”, dado que a duras penas logran ingeniárselas para cumplir mínimamente con las rutinarias y mecánicas actividades que plantean los libros de texto. Tanto los padres de familia como los propios niños y niñas, según lo prueba la investigación de Martin, desean más y mejor educación, pero quien debiera convertirse en su aliado natural en esta empresa, el maestro de escuela, deviene propiamente en un enemigo que no cumple con su parte del trato y que dificulta la consecución del objetivo final —que los pequeños aprueben cada grado escolar—, además de ser alguien que culpa permanentemente a los padres del mal desempeño de sus hijos, quienes con alarmante frecuencia naufragan en las aguas de la deserción escolar o en el mejor de los casos, alcanzan una preparación académica llena de insuficiencias.

Un aspecto notable de la investigación de Christopher Martin es su inmersión en la cultura de los niños de la escuela primaria mexicana. Su libro examina las relaciones de estos niños y niñas con sus maestros dentro del salón de clase y aquellas otras entre ellos mismos en el propio salón y durante el famoso “recreo”, con el propósito de captar valores y actitudes sociales que desmitifican ciertos pareceres tradicionales sobre los procesos de “escolarización” y socialización de los infantes. La cultura juvenil se ha estudiado con mucha mayor amplitud que la infantil, señala Martin, debido a que en ella es fácil encontrar elementos contraculturales; sin embargo, estos ele-

mentos motivan una concepción equivocada de la institución escolar en su conjunto. Lo que la investigación empírica revela es que a las niñas y niños mexicanos les agrada la escuela; les gusta mucho aprender y en las relaciones que entablan con sus compañeros de clase, salvo problemas un tanto ocasionales que responden a entornos familiares más bien extraordinarios, priva un interesante “sentido de la decencia” que la educación formal haría muy bien en retomar y cultivar. Ciertamente que una carencia en la investigación de Martín es no procurar una explicación del posible origen y gestación —durante la infancia— de las expresiones contraculturales en los adolescentes y su ambiente escolar, pero no cabe duda de que en su libro hay apuntes muy relevantes sobre la cultura infantil, capaces de enriquecer las futuras investigaciones sobre la llamada contracultura de los jóvenes.

Por último, una aportación bibliográfica de esta naturaleza no podría prescindir de algunas consideraciones sobre las alternativas que se nos presentan a los mexicanos para resolver nuestro “fracaso educativo”. Aunque Martín no ignora que los problemas económicos del país y de su población son un aspecto clave para comprender dicho fracaso, tampoco incurre en la receta fácil de proponer que con la solución radical de esos problemas el mejoramiento escolar generalizado se nos dará “por añadidura”. Lo conducente es, pues, intervenir sobre la institución escolar misma, aunque no con medidas cosméticas relativas a las sempiternas reformas en los planes de estudio o a las reestructuraciones burocráticas del personal docente y administrativo, sino a través de un mejoramiento cualitativo de la provisión del servicio educativo en el plano nacional. Ello implica, al respecto de los maestros, bastante mejores suel-

dos, racionalización organizativa y pedagógica y democracia sindical e institucional, así como una mayor comprensión y disposición a colaborar con la escuela por parte de los padres y tutores. Los cambios deberán centrarse, entonces, en la escuela, aunque bajo el supuesto de que ella conforma un binomio indisoluble con los hogares de los niños. “Mi proposición no peca de un ingenuo idealismo —destaca Martín—. Recordemos que la educación en México fue establecida por los ejemplares maestros rurales. Incluso la campaña gubernamental de *Solidaridad* del sexenio salinista nos proveyó de muchos ejemplos de cooperación local para el mejoramiento de las escuelas. Esa cooperación puede darse aun por padres de familia que tienen poca educación” (pp. 247-248). Con las anteriores palabras concluye esta valiosa contribución a los estudios antropológico-sociales y sociológicos sobre la educación elemental en México y el mundo.